

Imagen nº 5

EJERCICIO PRÁCTICO:

Dos botas que hablan



SOFÍA MORO

DOS BOTAS QUE HABLAN

Joaquin Sanfelip

Las botas iluminadas por la luz del día por fin pudieron verse después de tantos años a oscuras. Luego de reconocerse, hablaron.

- Vaya facha que tenemos -dijo una- ¿Te acuerdas de la mañana en que pisamos tierra por primera vez?

- Cómo voy a olvidarlo -contestó la otra- éramos tan nuevas, brillantes, íbamos todas a una, marcando el paso, rodeadas de miles de compañeras, mientras una multitud entusiasta nos

aplaudía. Fue el día más feliz de mi vida. Íbamos al frente a cambiar el mundo. ¿Te acuerdas? Te acuerdas...

- Si, y también de las largas caminatas por aquellos caminos, calcinados por el sol, llenos de guijarros. ¡Qué pronto cambió todo!

- Tú siempre recordando lo malo. Aunque peor era cuando, atascadas por el barro, luchábamos para que el agua no entrara dentro y nos ahogara. Pero. ¿y cuando por la noche por fin nos desataban los cordones, y podíamos estirarnos y soltar la lengüeta? ¡Uf! que descanso.

Sonrieron.

- ¡Cómo pasa la vida!- Suspiró.

Después de un largo rato en silencio, se miraron mientras dos lagrimones les caían por el empeine. Quien nos iba a decir que acabaríamos así, fusiladas, enterradas en una cuneta.

Y lo que es peor, olvidadas.

CON LAS BOTAS *PUESTAS*

Laura Magallón Pérez

-Dibujad a la persona que llevaría estas botas puestas. Boceto. Carboncillo. Sí, con las botas puestas.

Diecisiete pares de manos se lanzan salvajemente sobre el papel.

Las líneas de carboncillo negro de mis compañeros hablan sobre el dolor y los pasos de la vida. El sombreado oscuro de la pesadumbre y los trazos profundos de la guerra... ¿civil? De la guerra... ¿nazi? El perfil del tan recurrido prisionero de campo de concentración se gesta ya bajo el decimotercer par de manos. Y yo pienso: ay,

ingenuo ideario occidental, más le hubiera gustado a nuestro amigo Josef llevar esas botas puestas en Treblinka.

El típico padre minero en el octavo boceto. Inspiración visual de “Qué verde era mi valle”.

Mujer obrera de postguerra. Con su mirada fija de postguerra clavada en el futuro de la postguerra. En cuántas guerras habrá estado mi quinto compañero, pienso yo.

Niño bajo la piel de un adulto enviado a Vietnam.

Anciano cansado cuyas arrugas ascienden desde los surcos de su calzado. Atisbo de morriña infantil en el primer boceto.

Adolescente feliz.

¿Adolescente feliz?

Mi cinismo chirría

El octavo par de manos compone una indescriptible crítica al materialismo -consumismo – capitalismo – utilitarismo - comunismo. Vaya, se me coló el comunismo.

Botas soviéticas. Bolchevique-leninistas. ¡Un dictador en el tercer boceto!

El tiempo se acaba, el decimoctavo boceto está en blanco.

Me fulmina la mirada inquisidora de la profesora.

-Francamente, señorita, con estas botas no vamos a ningún sitio.

SALIR CORRIENDO

M^a ÁNGELES SÁEZ RODRIGO

Sonó el teléfono. Mi padre colgó, cogimos una mochila con las pertenencias de toda la familia y, en silencio, nos pusimos las botas.

-Es lo más importante- nos decía- pues tendremos que caminar mucho.

Abandonamos la ciudad después de anochecer entre edificios derruidos y cascotes. Para evitar la carretera nos adentramos campo a través cruzando campos de cultivo abandonados y bosques. Recuerdo caminar todo el rato de su mano que tiraba de mí.

Llegamos a una playa rocosa donde había mucha gente y sólo dos lanchas esperando. No hay tiempo. De repente mi padre me gritó, zarandeándome. No le entendí, estaba demasiado cansado. Miró mis pies. Estaban desnudos, empapados y cubiertos de barro. Había perdido mis botas seguramente muchas horas antes y ni me había dado cuenta. Había que subir a los botes, de prisa.

-Hay hueco en éste que sale primero, que suba el muchacho.-
Ya.

Mi padre sin pensarlo se quitó sus botas y me las puso. Me quedaban muy grandes, pero él ajustó fuerte los cordones a mis tobillos, muy apretados, demasiado. Me hacían daño.

-Éstas no las pierdas, hijo.

El dolor fue lo que me mantuvo en pie y dio el valor para subir al bote. La lancha en la que viajaba salió al mar. No sé cuanto tiempo estuvimos a la deriva. Sé que alguien me abrazó mientras yo limpiaba la piel llena de barro de las botas. Lo siguiente que recuerdo fue llegar a una playa sembrada de chalecos salvavidas y esperanzas. El otro bote, donde viajaba mi familia, nunca llegó a esta orilla. Ni a ninguna otra.

Aún hoy, muchos años después, tengo las botas preparadas por si he de volver a correr en la noche, por si he de ajustarlas a otros pies, por si vuelven a salvar otra vida. Muchas de estas noches, al verlas detrás de la puerta, vuelven a salvar la mía.